

Libro Complementario

Centro Intl. Para el Estudio de la Escuela Sabática

WWW.PMMINISTRIES.COM

La vida es hermosa

CAPÍTULO 7



Lección 8

Para el 24 de Febrero de Enero

Estamos llegando a la segunda mitad del libro. La primera sección (capítulos 1 al 6) estuvo marcada por un estribillo acerca de la vanidad. "Todo ello es vanidad y aflicción de espíritu [correr tras el viento, NVI]" (1:14; 2:11, 17,26; 4:4, 16; 6:9). La mayoría de las veces en que aparece la palabra "vanidad" se encuentra aquí. 1 Lo que destaca Eclesiastés fue el fracaso del mundo y la vanidad de la vida.

Eclesiastés concluye esa sección con el capítulo 6, el más breve del libro, con la nota trágica de que aun con todo el "bien" que pudiéramos haber recibido de Dios, todavía hemos perdido el "bien" (tov) original: "¿Quién sabe cuál es el bien del hombre en la vida?" (6:12). Eclesiastés implicó que ninguno sabía lo que era bueno. Él no solo quiere decir que los seres humanos no tienen información acerca de lo que es bueno; en el pensamiento hebreo, "conocimiento" es más bien una experiencia dinámica y existencial. No saber el bien significa, entonces, que somos incapaces de experimentar lo que es bueno, somos incapaces de ser buenos.

Es notable que la misma asociación de las dos palabras "conocer" y "bien" se usa en Génesis 2 y 3 en relación con el árbol del conocimiento del bien y del mal. Sin embargo, el pasaje que resuena más con esta frase de Eclesiastés se encuentra en Génesis 3:22, porque es el único pasaje que relaciona el conocimiento del bien y del mal con el hombre y la vida, como lo hace

este versículo de Eclesiastés. Los dos pasajes bíblicos comparten cuatro palabras; de hecho, todas las palabras de la pregunta de Eclesiastés están presentes en el versículo del Génesis: "saber", "bien", "hombre" (Adam) y "vida". Este eco fuerte sugiere que Eclesiastés está haciendo alusión a Génesis 3:22.

Para comprender lo que significa Eclesiastés, necesitamos comprender el versículo del Génesis. En este texto Dios está diciendo que, antes de que tomara la fruta, el hombre "era" o "había sido" como Dios con respecto al conocimiento del bien y del mal. Mientras no desobedeció a Dios, él "sabía". Paradójicamente, solo si estamos en el bien podemos discernir entre el bien y el mal. Tan pronto como Adán y Eva pecaron, dejaron el bien y, en consecuencia, perdieron el discernimiento que el Génesis llama "la ciencia del bien y del mal". Desde entonces, el mal y el bien quedaron confundidos. El mal estaba mezclado con el bien, y el bien mezclado con el mal.

Los comentarios de Elena de White acerca de este trágico incidente son al punto: "El hombre perdió todo porque prefirió oír al engañador en vez de escuchar a aquel que es la Verdad, el único que tiene entendimiento. Al mezclarse el mal con el bien, su mente se tornó confusa, y se entorpecieron sus facultades mentales y espirituales. Ya no pudo apreciar el bien que Dios le había otorgado tan generosamente".³ Esta es la confusión de mente sobre la que Eclesiastés está reflexionando. El hombre perdió el conocimiento del bien. Él ya no podía "apreciar el bien" y, por lo tanto, el bien y el mal mezclados, hicieron huir de él la sabiduría. No obstante, Eclesiastés no desespera, ni nos mantiene en el caos de la vanidad y en el sueño del bien. Extrañamente, desde la lúcida observación de la pérdida del bien, él avanza hacia la vida, intentando luchar con la ambigüedad del bien y del mal, y lo elusiva que es la sabiduría.

La ambigüedad del bien y del mal

Eclesiastés acaba de llegar a la conclusión de que ninguno sabe qué es el bien (tov). No obstante, en la siguiente sección, la palabra tov ("bien, bueno", generalmente traducida como "mejor") se repite nueve veces. Ahora el bien está equilibrado con su opuesto; lo descubrimos en lugares inesperados, donde normalmente encontraríamos el opuesto. Esta es la implicación lógica del carácter ambiguo de "bien".

Comienza con un juego de palabras, que funciona mejor si lo pudiéramos oír en hebreo: "shem tov mishemen tov". En castellano, decimos: "Mejor es la buena fama [el buen nombre, NVI] que el buen ungüento". Esta expresión se pone en paralelo con "y mejor el día de la muerte que el día del nacimiento" (7:1). Con el fin de probar que la muerte (lo negativo) es mejor que el nacimiento (lo positivo), Eclesiastés relaciona la muerte y el nacimiento respectivamente con la fama y el perfume (ungüento).

En el antiguo Cercano Oriente, el nombre era muy importante. Representaba a la persona, y significaba su reputación. La Biblia nos dice que "ganó David fama, cuando regresaba de derrotar a los sirios" (2 Sam. 8:13). Aun se dice que Dios se hizo "nombre grande" (Neh. 9:19). Pero el nombre también estaba asociado con la muerte y la inmortalidad. El nombre de los malvados muere con ellos (Prov. 10:7), mientras que el nombre de los justos (o, en el antiguo Egipto, el nombre de los escribas o de los sabios) lograba inmortalidad.⁴ Nadie discutiría la exactitud de este proverbio, que suena verdadero. Si el nombre y la buena memoria, que son solo abstracciones en la mente de una persona, son mejores que el precioso perfume que es tangible, entonces el día de la muerte es mejor que el día del nacimiento. Usando la ironía, Eclesiastés presenta su punto: la muerte, como el buen nombre, es valiosa; la vida, como el perfume, es vanidad.

Sin embargo, Eclesiastés no está diciendo que la muerte por sí misma tiene valor mayor que la vida en sí misma. Lo que quiere destacar es que la muerte nos ayuda a poner la vida en una

perspectiva correcta, haciendo que la vida sea menos vanidad y más significativa. No es extraño, entonces, que Eclesiastés encuentre al sabio en la casa del luto y al necio en la casa del banquete (7:2). Estar expuesto a la muerte, sea durante un funeral, una guerra o por causa de una enfermedad amenazadora, puede cambiar la vida. La muerte lo obliga a uno a ser genuino, a vivir su yo real, a arrojar esa imagen plástica falsa que ha pasado tantos años perfeccionando. La muerte enseña a pensar más allá del momento presente, lo adiestra a uno para orientar su vida hacia el futuro. El verdadero roce con la muerte también hace que la vida sea más preciosa. De repente, el gusto de la vida ya no es el mismo. Uno ya no da por sentada la vida. Uno respira en forma diferente. Uno come en forma distinta. Uno ve a la gente de otra manera. La vida ha cambiado: uno está más vivo.

La vida da otro giro en la casa del banquete: bares, clubes, restaurantes, cines, casinos, "malls" y parques temáticos. Es cierto, esos lugares ayudan a uno a olvidar, a olvidar el dolor o la angustia. Pero, también lo fuerzan a uno a olvidar quién es. Estos lugares tienen todo el equipo necesario para entretenerlo a uno, y robarlo de uno mismo. Lo hacen beber. Lo hacen probar cosas nuevas y excitantes. Le matan el sentido del tiempo y lo distraen. Lo hacen reírse y sentirse bien. Le dan la perfecta ilusión de que está gozando de la vida, cuando, en realidad, saldrá de esas casas como la sombra de sí mismo: enfermo, triste, más angustiado que nunca. Perderá el gusto por la vida. Se arrastrará, en última instancia, a la muerte.

De este modo, se verifica el paradójico principio de Eclesiastés: los lugares de gozo y de diversión, realmente, contienen los gérmenes de la muerte. Y las casas de luto y tristeza, resulta que llevan la promesa de vida. Pero, Eclesiastés no está sugiriendo que la asistencia regular a las casas de luto será suficiente para hacernos genuinamente sabios. Los agentes funerarios no son necesariamente más sabios que otros profesionales. Eclesiastés está animándonos, sencillamente y en términos concretos, a pensar acerca de la muerte, de modo que nos demos cuenta de la vanidad de la vida. Y, al contemplar la vanidad de nuestra propia vida, nos reorientaremos hacia el verdadero rostro de la vida. Nos volveremos a conectar con la esencia de nosotros mismos, el "bien" escondido en los profundos pliegues de nuestras almas. Entonces, perteneceremos a otro mundo, el que el Nuevo Testamento llama el Reino de Dios. Irónicamente, al confrontar la realidad de la muerte, Eclesiastés nos lleva a la otra realidad. Obviamente, las casas de diversión hacen exactamente lo opuesto. Nos distraen de la muerte y, al hacerla, nos alejan de ese otro paisaje.

Eclesiastés aplica la misma lección a otras situaciones. La reprensión del sabio tendrá el mismo efecto. Nos hará confrontarnos con nosotros mismos. Nos perturbará y sacudirá la comodidad de nuestra mediocridad, la ilusión de que estamos bien. Nos obligará a movernos de lo fácil a lo difícil, de lo familiar hacia lo desconocido. El mecanismo de esta experiencia es el mismo que el de la experiencia de la muerte. Al decimos no a nosotros mismos, al rebajarnos, al aplastarnos, la reprensión nos forzará a volver a nosotros mismos y a ponernos en contacto con lo que está arriba. Como maestros y padres lo entienden muy bien, esta es la forma en que funciona la educación. La reprensión y la corrección son prerequisites para aprender, la única forma de descubrir otra cosa y hacer lo mejor.

Del lado opuesto, escuchamos el canto de los necios. Este canto, a diferencia de la reprensión del sabio, tiene una melodía que es placentera a los oídos y al alma. Nos gusta. A diferencia del sabio, que está solo, los necios son muchos; por lo tanto, son más atrayentes y convincentes. Esta es la voz popular. A diferencia del reproche solitario del sabio, los necios son ruidosos y hacen bromas. Eclesiastés compara su risa con "el estrépito de los espinos debajo de la olla" (7:6). No es una risa muy inteligente, ni siquiera significativa; como las espinas en el fuego, que generan más ruido que calor. La risa suena como una cascada; es contagiosa y la repiten como eco muchos otros. Los necios se ríen de los sabios, y el ruido de sus bromas cubre las palabras sensatas del sabio. En última instancia, el escarnio se volverá en una burla insoportable y opresiva (7:7). En hebreo, escuchamos un juego de palabras que conecta la risa

(sehoq) y la presión ('osheq), sugiriendo que la presión de los pares, que puede aun incluir los sobornos (7:7), en última instancia afectará al sabio y lo transformará en un necio.

No es fácil permanecer fiel cuando uno se siente ridículo y diferente. Otra vez, escuchamos el mismo mensaje paradójico. Es en la resistencia difícil, en la incomodidad de la minoría, donde alcanzaremos el "bien" y sobreviviremos a la vanidad, más bien que en la diversión y la vida hermosa. No obstante, Eclesiastés nos advierte de los riesgos que esperan a los candidatos de la sabiduría y la justicia. La mayoría nos señalará inevitablemente, y nos martirizará.

Primero es el riesgo de la impaciencia. Una cosa es comprometernos con una causa correcta, hacer una decisión valiente de caminar solos en la multitud de los burladores; otra cosa es quedarse allí. El valiente médico de la novela de Camus *The Plague* [La plaga] nos recuerda que "es más fácil ser un héroe que un santo". Es más fácil morir por Dios que vivir para él. Morir toma solo un momento, mientras que vivir, muchos años. Además, hay más exaltación y gloria en ser un mártir que, con paciencia, resistir diariamente tanto los asaltos desde afuera, abiertos o sutiles, como los impulsos del interior. El paciente en espíritu está mejor que el orgulloso en espíritu (7:8). Por esto, "mejor es el fin del negocio que su principio", porque el corredor celoso del comienzo de la carrera a menudo está ausente en la línea de llegada. Para seguir con la metáfora de Eclesiastés, las espinas que arden son rápidas para ser alcanzadas por las llamas, y son muy ruidosas, pero el fuego no dura mucho. Solo el fin dará testimonio de la calidad de nuestra dedicación.

Irónicamente, hay gran riesgo en el orgullo derivado del mismo hecho de que tenemos la sabiduría y la verdad que los muchos necios del mundo no tienen. La palabra hebrea traducida como "orgullo" implica la idea de altura; nos vemos más altos que otros, y los despreciamos y hasta nos enojamos con ellos, porque no comprenden. Los discípulos de Jesús estaban tan convencidos acerca de la verdad, que se enojaron con los samaritanos que rehusaron creer; querían hacer descender fuego del cielo para consumidos (Luc. 9:54).

Note que Eclesiastés no cuestiona la sabiduría y la verdad que pretendemos tener por sobre otros. Salomón no niega la realidad de la verdad y de la sabiduría; de hecho, reconoce la superioridad de la sabiduría y el conocimiento por sobre el error y la ignorancia (7: 12; comparar con 2:13). Tampoco juega con la carta del pluralismo. No dice que todo está bien y que la verdad está en todas partes. Lo que molesta a Eclesiastés es cuando la verdad y la sabiduría llegan a ser soberbia y justicia propia, cuando la verdad llega a ser la razón para el enojo (7:9). Le molesta cuando la verdad y la sabiduría, en última instancia, degeneran en fanatismo y extremismo, cuando la convicción de estar en lo correcto conduce a señalar con el dedo, y cuando el deber de reprender conduce al abuso de los niños. Perturba a Eclesiastés cuando nuestra arrogancia alcanza el punto en que, como Elías, decimos:

"Sólo yo he quedado" (1 Rey. 19:10), dejando hasta de reconocer nuestra deuda con la herencia del pasado. Eclesiastés repetidamente respondió a esta pretensión, recordándonos que la sabiduría que pretendemos haber encontrado, ya ha sido proclamada antes (1:10; 6:10). Ahora, él da un paso más y desafía a quienes cuestionan el valor del pasado: "¿Cuál es la causa de que los tiempos pasados fueron mejores que estos?" (7: 10). Eclesiastés enfatiza la importancia del pasado, de su herencia y sus lecciones. Aunque estemos tentados a despreciar a quienes vinieron antes que nosotros porque "ellos estaban equivocados" o eran anticuados, lo que hemos recibido de ellos es tan importante como nuestros propios hallazgos. "Tan buena es la sabiduría como la hacienda" (7:11, BJ), dice Eclesiastés. El problema que preocupa a Eclesiastés es la ambigüedad del bien, el hecho perturbador de que las sombras de la vanidad - arrogancia, orgullo e impaciencia, junto con el fanatismo y el extremismo- han entrado aun en la luz de la sabiduría.

Se usan los imperativos "¡Mira!", y "Considera". El primero, cuando Eclesiastés nos anima a mirar "la obra de Dios", y el segundo, cuando nos invita a considerar "el día de la adversidad" (7:14). Tenemos que acercarnos a la adversidad de la misma manera en que nos acercamos a la obra de Dios. La razón de este consejo se da inmediatamente; Dios "hizo" ambas cosas, así como él creó el mundo. Eclesiastés usa la palabra 'asah ("hizo"), la palabra que describe la obra de Dios en la Creación. El Dios de la Creación está detrás de ambas cosas.

La lección que Eclesiastés infiere de su observación es que deberíamos aprender a dar la bienvenida a ambos, "lo uno como lo otro" (7: 14), literalmente, "esto junto a lo otro", lo bueno y lo malo, porque no sabemos qué viene después de ello (refiriéndose a lo malo).⁷ No conocemos el futuro del evento malo. Pero, como Dios está en el control, solo podemos esperar.

Eclesiastés no está promoviendo un ideal masoquista; no está sugiriendo que debemos gozar con lo malo. El verbo "gozar" se usa para lo bueno; pero para lo malo él usó la palabra "considerar". Es el mismo verbo que se emplea cuando vemos con nuestros propios ojos la Creación visible, implicando la misma actitud de reverencia, preguntas y reflexión. Esto es el "considerar" de la lucidez que no niega la realidad del mal, que la afronta; pero también es el "considerar, ver" de la atención que se detiene y espera para ver lo que viene después, lo que no podemos anticipar. De este modo, el hombre sabio está llamado a vivir en tensión. Por un lado, gozará plenamente de lo bueno en el presente; y, por otro lado, verá o considerará lo malo, y aprenderá a "esperar y ver" simultáneamente aceptando ambos.

La ambigüedad de la ética

Eclesiastés, entonces, aplica el adiestramiento de vivir en tensión a lo intrincado de la vida ética. El hecho de que uno sea un hombre justo y que se dedique al bien, no le impide "perecer", que es normalmente la suerte del impío.⁸ Inversamente, el impío puede vivir una vida larga, que es normalmente la recompensa del justo (7:15). La intención de Eclesiastés aquí no es desafiar la sabiduría tradicional como ya lo hizo en otro contexto (3:16).¹⁰ Su punto aquí es que el mal puede encontrarse dentro del acto de justicia e, inversamente, el bien puede encontrarse dentro del acto de impiedad.

Eclesiastés muestra esta ambigüedad del bien y del mal en la manía del perfeccionismo. Lo demasiado bueno es malo, y lo demasiado malo también es malo. Así como el fanático para Dios y para la verdad puede ser peligroso y puede convertir la sabiduría original en necedad (7:9), el perfeccionista puede crear un infierno en la tierra. Tan ansioso de hacer exactamente lo que es bueno, no solo llegará a ser un dolor insoportable para sus vecinos, sino también en el mismo proceso se destruirá (7:16). El mismo principio se aplica al que hace "mucho mal", pues él también morirá por causa de sus excesos (7: 17). Añadir el mal a lo que ya es malo, seguramente lo hará peor. El consejo ético de Eclesiastés es, entonces, consistente con esa ambigüedad: "Bueno es que tomes esto, y también de aquello no apartes tu mano" (7:18). Es claro que él se está refiriendo a lo bueno ya lo malo. La expresión "esto" (zeh), usada dos veces, al referirse a lo bueno y lo malo en el versículo 14, reaparece aquí. ¿Está Eclesiastés estimulando decisiones éticas basadas en una componenda, un camino intermedio entre el bien y el mal? ¿Está sugiriendo alguna clase de mezcla de bien y mal? ¡Ciertamente, no! Lo que Eclesiastés está afirmando es que, de hecho, el bien y el mal están mezclados. La verdad no es blanco y negro. El bien es ambiguo, así como lo es el mal. Este es el problema de Eclesiastés. Este es nuestro problema también, desde la Caída.

Para Eclesiastés, el único camino para sobrevivir a este dilema es el temor de Dios: "Porque aquel que a Dios teme, saldrá bien en todo" (7:18). Al usar la palabra "todo", Eclesiastés se refiere a la tensión que rodea a los dos opuestos, "el bien" y "el mal".¹⁹ La única forma, entonces, de resolver el problema de la confusión entre el bien y el mal, es tener sabiduría de

arriba: "La sabiduría fortalece al sabio" (7:19). Esta sabiduría debe venir de arriba, porque "no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque" (7:20). Por sí mismo, el hombre no puede hacerla. Nuestra única ayuda es la sabiduría de Dios, el que es completamente "bueno" y nunca entró en componendas con el mal.

En cuanto se refiere a los seres humanos, todos somos pecadores. Esto se aplica a usted, dice Eclesiastés, así como también al otro: "Tampoco apliques tu corazón a todas las cosas que se hablan, para que no oigas a tu siervo cuando dice mal de ti" (7:21). Esta amonestación es una aplicación directa del principio que acabamos de considerar en el versículo 20. Ninguno está libre de pecado. El problema de escuchar a alguien que hable mal de nosotros, o sencillamente nos desacredite, 12 es secundario. Eclesiastés está usando esa ilustración para animarnos a ser tolerantes hacia el otro así como lo somos hacia nosotros mismos.

Eclesiastés elige este último pecado porque afecta nuestra relación con el otro y tiene un impacto importante sobre toda nuestra conducta: "Porque todos ofendemos muchas veces. Si algún no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo" (Sant. 3:2). Es realmente fácil reconocer que no somos perfectos, por lo menos, y permitir que se nos perdone; no es fácil reconocer que otros no son perfectos y perdonarlos por sus errores. La percepción de que no soy perfecto debería ayudarme a ser tolerante y perdonador de las imperfecciones de otros: "Porque tu corazón sabe que tú también dijiste mal de otros muchas veces" (7:22). Siendo que todos somos pecadores, nuestra ayuda y salvación podría solo venir de afuera. Solo la sabiduría de Dios, que nunca pecó, nos ayudará a separar la confusión entre el bien y el mal.

Sabiduría elusiva

Considerando la naturaleza ambigua del bien y del mal, la sabiduría no se encontrará con facilidad. Significativamente, desde 7:24 a 7:29, la palabra clave "hallar" aparece siete veces. Eclesiastés nos cuenta la historia de su frustración y fracaso en esa aventura de escondidas: "diciendo: Seré sabio" (7:23). La forma hebrea del verbo indica su buena disposición, su determinación: "diciendo [dentro de mí mismo]: Quiero ser realmente sabio" Y No obstante, tropieza con dos obstáculos. El primer obstáculo tiene que ver con la sabiduría misma. La sabiduría está "lejos" y "profundo". Estas palabras están asociadas con Dios mismo: los juicios de Dios están lejos (Sal. 10:5), Dios mismo está lejos (Sal. 22:1, 19; Prov. 15:29). También se describe a Dios como el que descubre "las profundidades de las tinieblas" (Job 12:22), quien "revela lo profundo y lo escondido" (Dan. 2:22). Decir que la sabiduría está "lejos" y es "profunda" es sugerir que corresponde a Dios, y que los humanos no tienen acceso a ella, excepto por medio de la revelación divina.

Eclesiastés está implicando, entonces, que su esfuerzo es vano. Su pregunta retórica, "¿quién lo hallará?" (7:24), con su respuesta negativa implícita, confirma la imposibilidad de la tarea. Las imágenes y el lenguaje que está usando para caracterizar la sabiduría también son significativos. La sabiduría está personificada como una mujer, y su investigación toma la forma de relaciones amorosas. El motivo de buscar y no encontrar, toma prestado el lenguaje de la búsqueda de un amante.¹⁴ Aquí, el amante elusivo es la sabiduría misma. Eclesiastés la ha seguido, pero no le fue posible encontrarla. De hecho, nuestro texto alude a la mujer ideal de Proverbios 31, que es la encarnación de la sabiduría misma. Aquí, Eclesiastés usa las mismas palabras que en Proverbios 31:10, "¿quién la hallará?" Claramente, Eclesiastés quiere enfatizar que los humanos no pueden alcanzar la sabiduría. Solo pueden buscada y preguntar por ella. Pero nunca serán satisfechos.

El segundo obstáculo para obtener la sabiduría tiene que ver con la confusión causada por la aparente ambigüedad de la sabiduría, que está asociada con la necedad. La búsqueda de la sabiduría de Eclesiastés está asociada con su búsqueda de la necedad: "Me volví y fijé mi

corazón para saber y examinar e inquirir la sabiduría [...] para conocer la maldad de la insensatez y el desvarío del error" (7:25). El verbo hebreo que introduce el proceso de la búsqueda (sbb), "me volví y fijé", es el mismo que aparece en 1:6, donde se aplicó al interminable girar del viento. Aquí, se sugiere el interminable ir y venir de los movimientos de su búsqueda.

La difícil tarea de Eclesiastés es ahora separar lo positivo de lo negativo. La palabra hebrea que describe esta operación, heshbon, es un término comercial bien conocido en el antiguo Cercano Oriente; significa "contabilizar", o "hacer un balance".¹⁵ El intento de Eclesiastés de saber lo negativo -insensatez, desvarío del error- está acompañado por su búsqueda positiva de "sabiduría y contabilización [razón]" (7:25). Como un mercader o un contador que repasa un documento comercial, Eclesiastés trata de separar y ver adónde corresponde cada cosa. En el pensamiento tradicional, la sabiduría y la necedad son claramente diferentes una de otra. Este no es el caso de Eclesiastés. Es como si el contador estuviera confundido y fuera incapaz de encontrar una distinción clara entre la sabiduría/justicia y la necedad/maldad. Una paráfrasis de la frase hebrea muestra ahora la vergüenza de Eclesiastés al poner la maldad y la necedad, "conocer el lado malvado de la necedad, y el lado necio del desvarío" (7:25).

Esta confusión está reflejada en la imagen de "la mujer" (7:26). La necedad está representada por una mujer, así como lo fue la sabiduría. Cuando Eclesiastés se queja de la amenaza de esa mujer ("más amarga que la muerte a la mujer [...]"), él no está hablando contra las mujeres en general o en particular. "La mujer" (con el artículo definido) que él tiene en mente es una "loca", el único sustantivo en el versículo precedente que tiene un artículo definido. Esta Mujer Insensata, entonces, está puesta frente a la Mujer Sabiduría, en forma similar a las dos mujeres de Proverbios 9. Allí, la Mujer Sabiduría, que representa la vida y la justicia (Prov. 9:1-12), se opone a la Mujer Insensata, que representa a la muerte y la maldad (9:13-18).¹⁶

Al presentar un párrafo nuevo (el tercero) (7:27-29), Eclesiastés juega otra vez al contador, tratando de hacer un balance: "Pesando las cosas una por una para hallar la razón" (literalmente, "una a una para encontrar el balance" (7:27). Se usa la palabra heshbon ("contabilizar", o "hacer un balance", así como lo fue en 7:25). Eclesiastés se describe a sí mismo luchando por separar lo positivo de lo negativo. Su preocupación es "hallar". La mayoría de las veces en que aparece la palabra "hallar" está concentrada en este párrafo (cinco de siete veces). La palabra "aun" indica que esta búsqueda no es nueva, "lo que busca mi alma, y no lo encuentra" (7:28). Otra vez es la misma mujer esquiva que él estaba tratando de encontrar en el primer párrafo (7:23, 24).

La observación de Eclesiastés, "mujer entre todas éstas nunca hallé" (7:28), no debería entenderse como una expresión de prejuicio en contra de las mujeres; sencillamente está hablando acerca de la sabiduría que siempre lo esquiva. El contraste entre la mujer que él no puede encontrar y el hombre que sí puede encontrar, tiene la intención de destacar lo esquiva que es esa mujer. "Un hombre (adam) que sería mejor que mil, pero mujer entre todas éstas no puedo hallar" (7:28). Como lo indica esta traducción literal, él no está hablando de la superioridad de los hombres sobre las mujeres. El hecho de que usa la palabra adam ("humano"), muestra que él tiene en mente a la humanidad y no a un ser masculino en contraste con una mujer. También es importante el hecho de que la palabra adam se usa otra vez en el texto siguiente (7:29), donde claramente se refiere a la humanidad, ya que el pronombre que sigue está en plural, "ellos". De hecho, en 48 otros casos en el libro, este uso siempre se refiere a los seres humanos en general y nunca a un hombre en particular.

Cuando se quiere referir a un ser masculino específico, se usa la palabra 'ish (ver 6:2; 9:14, 15). Si Eclesiastés tuviera la intención de contrastar al ser humano masculino con el ser humano femenino, debería haber usado 'ish y no adam. Eclesiastés dice que es posible

encontrar un ser humano mejor que mil, implicando la rareza de ese ser humano; pero, en lo que se refiere a la mujer, es decir, la Mujer Sabiduría, es imposible (no solo es raro) encontrada entre todos los humanos. Él está insistiendo en este punto una y otra vez: la sabiduría siempre estará más allá del alcance humano. La razón de esta imposibilidad, como ya lo señaló en el versículo 20, es la naturaleza humana. Ahora, los humanos solo están reducidos a la tarea de contadores, tratando de separar lo bueno de lo malo, tratando de afrontar la ambigüedad del bien y del mal. Esto es lo único que está reservado a nosotros.

Eclesiastés concluye su capítulo con este reconocimiento: "He aquí, solamente he hallado esto: que Dios hizo al hombre (adam) recto, pero [ahora] están reducidos a mucha contabilidad" (7:29, traducción del autor). Eclesiastés usa otra vez la palabra heshbon ("contabilidad", o "hacer un balance"), y la frase es la misma que en 7:25; por lo tanto, debería significar lo mismo. Eclesiastés nos recuerda que, originalmente, el hombre fue creado "recto". Él era totalmente "bueno". Pero, desde la Caída, siendo que el bien se mezcló con el mal, el hombre está ahora luchando por separar lo uno de lo otro, tratando de distinguir entre la sabiduría y la necedad. ¡Ay! Es incapaz de alcanzar a la sabiduría elusiva.

Referencias y Notas

- ❑ 1. Veinticuatro veces de las 38 que hay en el libro entero.
- ❑ 2. La palabra hebrea es hayah, en la forma verbal perfecta, lo que implica un tiempo pasado, así como en "Pero la serpiente era (hayah) más astuta" (Gén. 3:1). El verbo no debería ser traducido como "ha llegado a ser" (algunas versiones en inglés), lo que implicaría la aberración teológica de que el hombre llegó a ser como Dios sólo cuando pecó, lo que entonces confirmaría lo que estaba diciendo la serpiente (Gén.3:5).
- ❑ 3. Elena G. de White, La educación (Buenos Aires: ACES, 1978), p. 25.
- ❑ 4. Lichtheim, t. 1, p. 181; t. 2, pp. 175-177.
- ❑ 5. La palabra normalmente está en plural en la Biblia. Esta es la única ocasión en que la palabra está en singular, lo que sugiere un uso intencional.
- ❑ 6. La preposición 'im (a menudo traducida con) también tiene el significado de "como", como en 2:16; ver James L. Crenshaw, Ecclesiastes: A Commentary, The Old Testament Library (Filadelfia, Pa.: Westminster Press, 1987), p. 138.
- ❑ 7. El "día de la adversidad", como último antecedente, califica mejor que "hombre", que es su sujeto inmediato.
- ❑ 8. La palabra hebrea 'abad ("perecer") siempre se aplica a los impíos en la literatura sapiencial (ver Prov. 10:28; 11:7, 10; 28:28, etc.).
- ❑ 9. Ver Deuteronomio 4:26, 40; 5:16; 11:9; Proverbios 28:16; etc.
- ❑ 10. Comparar con Job 2:17; 21:13; Salmo 73:2, 3.
- ❑ 11. El mismo uso de todo es atestiguado en 2:14, donde se refiere a los dos opuestos, sabio y necio, y en 3:19, donde se refiere a los dos opuestos, hombres y bestias.
- ❑ 12. La palabra hebrea qelala, generalmente traducida como "maldición", también puede significar "despreciar", "desacreditar" (ver Lev. 19:14; Juec. 9:27; Jer. 24:9; 49:13, etc.); tiene ese significado en 10:20, cuando estamos urgidos a no hablar o a no pensar mal acerca del rey o de los ricos.
- ❑ 13. Es una forma cohortativa que expresa "la dirección de una acción y denota especialmente el ánimo propio" (E. Kautzch, ed., Gesenius' Hebrew Grammar, 2nd English ed. [Oxford: The Clarendon Press, 1910], § 48e).
- ❑ 14. Ver especialmente Cantares 3:1-6; 5:6; Proverbios 1:28; 18:22.

- ▣ 15. La palabra se traduce en la RVR 60 como "la razón".
- ▣ 16. Las mismas imágenes reaparecen en el libro del Apocalipsis; para la mujer buena, ver Apocalipsis 12:1-6,13-17, Y para la mujer malvada, ver Apocalipsis 17:1-18.
- ▣ 17. Comparar, por ejemplo, con Génesis 2:23,24.

Compilador: Dr. Pedro Martínez